

México y Colombia. Al rescate de la identidad popular

Fernando, DORADO

Texto elaborado por **Fernando Dorado** (Colombia). Hace parte del proyecto digital e impreso El Libro Colectivo “La Neta Revelada” editado y compilado por el escritor y periodista Juan Francisco Belmont, desde su exilio en Canadá

Introducción

Voy a iniciar este relato al estilo del amigo que me pide escribir sobre las similitudes entre los colombianos y mexicanos. La idea es tratar de dilucidar – o al menos ofrecer pistas para aclarar – lo que está pasando con nuestros pueblos. Mientras por estos lares neogranadinos supuestamente estamos saliendo de la violencia mafiosa – guerrillera, paramilitar y estatal – relacionada con las economías “ilegales” (producción de coca y marihuana, procesamiento y tráfico de narcóticos, comercio ilegal de armas e insumos químicos, “trata” o tráfico de personas), en nuestro querido México las cosas están muy mal. Ocurren hechos y sucesos muy similares, por lo sangrientos y luctuosos, a los que ocurrieron en Colombia durante las últimas décadas, aunque aquí el mal sigue latente y se manifiesta en la actualidad de múltiples formas.

Conozco algo del espíritu de quien me ha hecho ésta petición. Por ello aspiro a transmitir la visión de un activista social que ama y admira a los mexicanos tanto como a Colombia, pero que así mismo, está dispuesto a decir las cosas de frente, en forma “descarnada”, sin pelos en la lengua, con la única intención de que tanto unos como otros nos enfrentemos con lo que somos (o “semos” diría un campesino boyacense muy al estilo de cualquier mejicano de pueblo), sin vergüenza ni pudor, para ver si al mirarnos en un espejo podemos reaccionar y sacudirnos de lo que nos tiene absolutamente “jodidos” (o... ¿“chingados”?).

Antes de avanzar reitero mi convicción de que México es para todos nosotros una gran y admirada nación. Para los colombianos del común – para los “zarrapastrosos” del pueblo que andábamos a pie limpio hasta hace unos 50 años –, México era lo máximo. Desde sus revolucionarios de principios de siglo como Zapata y Villa, pasando por actrices, cantantes, cómicos, humoristas como el inolvidable “Cantinflas” o protagonistas de la “lucha libre” como el “Santo”, “Máscara de Plata” o “Huracán” Ramírez, todos eran unos personajes increíbles para nosotros. México era lo máximo, era digno de imitar, un símbolo de dignidad popular y de autenticidad mestiza e india que nos hacía enorgullecer el alma latinoamericana. ¡Ay!... ¡Méjico lindo y querido! Y qué decir de sus intelectuales, pintores, muralistas y demás artistas, que retrataban a un pueblo maravilloso como el mexicano. Por algo nuestros mejores pensadores, ya fuera por exilio voluntario, persecución política o por necesidades de estudio, siempre buscaban como refugio a esa gran nación – soberana y digna frente al imperio del Norte – y siempre solidaria con todos los revolucionarios que quisieran llegar a su suelo. Allá están los restos de uno de los pocos auténticos liberales rebeldes del siglo XIX como fue el general José María Melo, que protagonizó un golpe de Estado en Colombia en 1854, fue presidente por unos meses y luego, fue derrocado por la oligarquía liberal-conservadora que desde entonces se oponía al surgimiento de una industria autóctona y de una verdadera burguesía criolla.

¿Qué nos pasó? ¿Dónde perdimos la dignidad?

Pero... entonces, ¿qué nos pasó en el camino? ¿Cómo se perdieron esas cualidades y valores a lo largo del siglo XX? ¿Cómo fue que nos metimos en esta ola de violencia que aterra a nuestras gentes? Unos nos preguntamos porque ya lo vivimos en toda su intensidad por allá entre 1985 y 2005, y otros porque como en el país “manito”, lo están sufriendo en toda su crudeza. En esos tiempos, “capos” de la naturaleza de Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha o comandantes paramilitares como los hermanos Castaño, cometían atentados, asesinatos, masacres tan crueles como las que hoy vemos que se realizan en México a manos de los asesinos a sueldo de los carteles del Golfo, los Zetas y demás bandas criminales y paramilitares que se han organizado en esa nación.

He querido recrear la historia para tratar de responder esa pregunta. No soy historiador académico ni especialista en ninguna asignatura universitaria. Soy un activista social colombiano, de una región (Cauca) que tiene muchas similitudes con México por su diversidad indígena y mestiza, por la forma en que se pobló antes y después de la llegada de los conquistadores europeos, por la complejidad de sus conflictos actuales, por los sufrimientos que hemos padecido a lo largo de los siglos y también, por esa fuerza espiritual que todavía anida en el alma de nuestro pueblo que nos permite gozar y reír en medio de la tragedia, enterrar nuestros muertos un día y al amanecer siguiente tener que seguir casi como si no hubiera pasado nada – no porque seamos indolentes –, sino porque no tenemos otra salida más que “ponerle buena cara al mal viento”. La historia y las reflexiones que presentamos van en la dirección de encontrar esas respuestas, de hablar de nosotros mismos y desnudar todas nuestras debilidades y falencias con el único fin de provocar reacciones, generar debates, tocar espíritus y retroalimentarnos por el camino.

Sobre las similitudes entre México y Colombia

Además de estar viviendo una trágica y cruel violencia fruto de la estrategia de la “guerra contra las drogas” diseñada por el gobierno de los EE.UU., histórica y culturalmente existen grandes similitudes entre los pueblos de México y Colombia. Brevemente las detallaré pero sólo en la última parte del escrito intento desarrollar lo que considero una explicación plausible, sin disimular para nada que es una tesis polémica, discutible y en construcción. No pretende ser una verdad acabada.

En primer lugar, en ambos países existían a la llegada de los españoles gran diversidad de pueblos en desiguales estadios de desarrollo, pero se destacaban dos sociedades “imperiales”, con componentes de “teocracia autoritaria” que se convirtieron en puntos de apoyo para la “conquista” española: los muiscas (chibchas) en el caso de Colombia y los aztecas (mexicas) en el de México. A su alrededor vivían (y aún perviven) diversos pueblos indios en resistencia social, económica, cultural y militar.

En segundo lugar, surgió una especie de alianza entre las élites españolas y algunas cúpulas indígenas amerindias que se convirtió en la base social y cultural de una amplia capa social mestiza. Se constituyó una oligarquía de origen español con fuertes características racistas que procuraba aculturizar al máximo a sus allegados mestizos. Lo hizo usando la religión (La Virgen de Guadalupe allá, y aquí, la Virgen de Chiquinquirá), pero también mediante la imposición de la lengua, costumbres y tradiciones españolas (toreo de casta, procesiones de semana santa, vestimenta, música, comida, etc.). Sin embargo, esas “costumbres” adquieren nuevas formas en el mundo campesino mestizo que va brotando sin que se puedan ocultar las esencias indígenas nativas que no estaban dispuestas a desaparecer (sincretismo cultural).

En tercer lugar, al lado de esa sociedad servil y cortesana que va surgiendo de esa alianza indo-español, se va conformando en lo profundo del alma popular un espíritu rebelde – en parte resentido, en parte existencial – que es herencia y continuidad del alma de los pueblos que no fueron totalmente sometidos por los imperios teocráticos precolombinos, que más adelante fueron asumiendo diversas formas de expresión cultural (la

lucha libre, el “mamagallismo”, el humor irreverente, la tendencia a violar las normas, la “locha” o mal llamada “pereza”, y otras) y político (las insurrecciones explosivas, el guerrillerismo, los caudillos populares como expresión del “cacique inmolado”, los alzamientos suicidas, etc.), que hacen parte de ese ser popular que tiene mucha mayor autenticidad entre los mexicanos pero que atrae y enamora a la gran mayoría de colombianos que los siguen e imitan en diversas expresiones folclóricas que hoy se materializan con la “música carrillera”, las “canciones de despecho” o las tonadas “traquetas” con fuerte influencia “norteña”.

Ese espíritu rebelde también apareció entre poblaciones blancas de origen español o europeo que no se mezcló en mayor medida con los nativos indígenas, pero que por su condición de ser subordinados de las familias aristocráticas encomenderas, revivieron “El Común”, que fue una institución surgida en determinadas regiones de la península ibérica, fruto de la rebeldía de amplios sectores sociales frente al poderío señorial de los reyes y de la corte española. Los comuneros fueron los precursores de las luchas por autonomía e independencia nacional que existe en importantes provincias españolas. Así ocurrió, por ejemplo en la región de Santander (Colombia) y se constituye en otra herencia a rescatar en nuestra tarea identitaria.

En cuarto lugar, tenemos similitudes en la conformación geográfica de nuestras naciones. Poseemos costas en ambos océanos, puertos y centro turísticos en ambos mares. Las capitales México D.F. y Bogotá D.C. – hoy mega-ciudades metropolitanas – se construyeron en el centro de cada país, sobrepuestas a los ejes político-religiosos de los imperios azteca y muisca, sobre antiguos lagos y altas mesetas exuberantes, lo que tiene toda una connotación ideológica en la conformación de las Reales Audiencias de Nueva España (México) y Nueva Granada (Colombia), que más tarde serían declaradas Virreinos. Perú y Lima comparten también muchas de estas características y similitudes.

Es interesante visualizar estos aspectos físicos en los grandes parecidos entre la ciudad de Manizales y Guadalajara, Cartagena y Veracruz, Popayán y Querétaro, Medellín y Monterrey, aunque seguramente habrá muchas más similitudes entre una buena cantidad de centros urbanos y regiones de ambos países.

En quinto lugar, las sociedades mexicana y colombiana han sido “señoriales”, tradicionales, en el fondo muy conservadoras, con fuertes lazos y costumbres terratenientes. El Don y la Doña, para resaltar el título de “señor” o “señora”, palabras heredadas de España, se han conservado en la cultura de nuestros pueblos, lo que va más allá del simple lenguaje y deja ver un espíritu feudal y semi-feudal que se convirtió en América Latina en algo muy propio, una especie de “cortesanismo autóctono” que fue caracterizado y ridiculizado por Mario Moreno “Cantinflas” de una forma genial, y que en el caso colombiano tiene su par – más moderno – en Jaime Garzón, humorista político de izquierda asesinado por grupos paramilitares el 13 de agosto de 1999. Pero, al lado de ese cortesanismo siempre aparecía, como por encanto, el alma rebelde de nuestro ser ancestral oprimido, el “indio Gerónimo” en México o Quintín Lame en Colombia, un indio nasa que puso en jaque a las oligarquías

caucanas a principios del siglo XX.

En sexto lugar, la cultura del valor y el miedo. El licor, las armas y las mujeres, al lado de una cruz y una virgen, así como la nostalgia triste y a la vez alegre. Melancólico por lo perdido y festivo porque “por lo menos estamos vivos”. Son valores culturales que aparecen muy marcados entre los mexicanos y los colombianos, que se reflejan en sus canciones populares y en sus escritores más famosos. El “machote mexicano” que juega al suicidio no solo en la “arena frente al toro o a su rival enmascarado”; el “voceador” o propagandista popular de Juan Rulfo (“El Gallo de oro”) que en nuestro entorno se transforma en el “Yerbatero”, canción de Juanes que describe al antioqueño “paisa” que engatusa al público a punta de labia haciéndose pasar por “indio amazónico”; el “fiestero mamagallista” barranquillero que hace del carnaval toda su vida, el “palabrero guajiro” transformado en el juglar vallenato que describe Gabriel García Márquez, y

en general, toda esa gran variedad de formas culturales populares que caracteriza a nuestros países como una suma de regiones diversas, diferentes, diferenciadas y complejas. Así somos en México y en Colombia.

Y en el siglo XXI las semejanzas son todavía más marcadas. En lo económico y militar, ambos países somos verdaderas colonias de los EE.UU. La clase política tradicional se encuentra descompuesta después de haber monopolizado el poder durante muchas décadas: En México a través del Partido Revolucionario Institucional PRI; en Colombia por medio del Frente Nacional que conformaron los partidos liberal y conservador. Pero son muchas más las analogías que se pueden hacer: el poder de la iglesia católica, la violencia “narco”, la gran migración mexicana y colombiana a EE.UU. y otros países, el mantenimiento del espíritu cortésano, el sur indígena y rebelde en ambos países, la pervivencia del falso legalismo (la ley es para los de ruana, hecha la ley hecha la trampa, etc.), un aparato de justicia burocratizado e ineficiente, la contradicción entre una rebeldía moderada y una insurgencia controlada, la farsa democrática de una oligarquía criolla que le teme al surgimiento de un verdadero caudillo popular, la supervivencia de costumbres españolas americanizadas como el toreo de lidia, las peleas de gallos, las procesiones de semana santa o la “parranda santa”, la sátira política domesticada pero asesinada cuando se vuelve incontrolable, el humorismo cómico-político, las diferencias regionales entre norte, sur y centro, la cultura del crimen político, el nacionalismo traicionado, la burguesía transnacionalizada, los dos canales de TV monopólicos (Televisa y TV-Azteca; Caracol y RCN), y en fin, muchas más características que deben ser estudiadas en todos sus detalles para que los parecidos nos unan más y las diferencias sirvan para reconocernos en la diversidad.

Una tesis

Antes de avanzar en la historia quiero dejar trazada o expuesta la tesis principal de este escrito, a fin de estimular al lector a seguirnos en un recorrido hacia el pasado como si estuviéramos viajando al futuro, porque al hacerlo vamos encontrando hechos que nos incentivan a recuperar lo nuestro, eso que nadie nos puede quitar y que está por allí refundido en medio del terror y del miedo: las ganas de vivir con dignidad.

La tesis es que hemos llegado a esta situación de descomposición social y discapacidad espiritual y moral, no sólo por obra de las oligarquías mexicana y colombiana que se han puesto al servicio de la estrategia imperial de intervención territorial, sino porque nosotros como pueblos también se lo hemos permitido. No hemos acabado de unirnos de verdad, nos mantenemos dispersos, enfrentados unos con otros, no hemos terminado de construir confianzas entre nosotros mismos, y poco a poco, hemos desandado lo poco o mucho del camino de construcción de identidad popular que habíamos alcanzado a transitar a lo largo de los tiempos.

Se trata entonces de reflexionar para ver cómo – apoyándonos en las nuevas generaciones que hoy nos reemplazan – recuperar nuestro espíritu libertario, nuestro ser “indo-afro-iberoamericano”, sin renunciar a ninguna de nuestras raíces, pero potenciándolas a nuevos niveles que nos empaten con la realidad actual de millones de trabajadores “precarizados”, desempleados e “informalizados”, que son la mayoría de nuestra población actual sobreexplotada, desplazada de sus territorios y humillada por el poder del capital.

Rememorando...

A principios del siglo XX, a ustedes les asesinaron por separado a sus principales líderes revolucionarios, Pancho Villa y Emiliano Zapata. Ellos simbolizaban el espíritu de rebeldía de un pueblo que – aunque tenía sus diferencias entre el norte y el sur –, se había unido no sólo frente al agresor imperialista sino para, simultáneamente, derrotar a la oligarquía terrateniente y construir democracia incluyente sobre la base de la redistribución de la tierra. A nosotros nos arrebataron a Jorge Eliécer Gaitán, quien era un indio culto de Bogotá que encarnaba a toda la nación colombiana y quien con su verbo “restaurador de la moral” hacía

temblar a los elites oligárquicas que complotaban para impedir su ascenso al poder. Tanto los unos como el otro, cayeron en la trampa criminal de unas cúpulas económicas que nunca han estado dispuestas a renunciar a sus privilegios y que han sido capaces de hundir a la nación en la violencia fratricida antes de ceder un milímetro ante su pueblo.

En esos hechos dramáticos nos desarmaron el espíritu y no lo hemos podido reacomodar.

Así como en 1968 el gobierno del PRI volvió a mostrar el rostro criminal de la clase dominante en la masacre de estudiantes de la Plaza de Tlatelolco, mucho antes – entre 1958 y 1962 – la oligarquía colombiana asesinó a los dirigentes campesinos liberales que se habían desmovilizado confiando en un plan de Paz propuesto por las cúpulas de los partidos conservador y liberal, para salir de la guerra que sucedió al asesinato del caudillo liberal en 1948. Así, acrecentaron la desconfianza de quienes seguían “enmontados”. Pedro Antonio Marín (“alias” Manuel Marulanda Vélez – “Tirofijo”) nunca olvidaría los asesinatos a mansalva de Dúmar Aljure, Guadalupe Salcedo y cientos de guerrilleros liberales que fueron traicionados por la oligarquía canalla de Bogotá. Por ello prefirió morir de viejo en el monte con su alma guerrillera y rebelde intacta y sin un rasguño, pero con la convicción de que por lo menos no se dejó engañar y asesinar como habían hecho con sus compañeros de lucha.

Y, en esa misma actitud están quienes lo han seguido por esa senda. Lucha que nos ha quitado cientos de miles de colombianos en estas seis (6) largas décadas de enfrentamiento entre hermanos. Y sobre esa guerra – que tenía orígenes en la reivindicación campesina por la tierra, la misma por la que lucharon Villa y Zapata en México –, se montó la nueva maniobra imperial de la “guerra contra las drogas”. A partir de 1980 se organizó una estrategia, ya no para acabar con la insurgencia sino para arrasar y apoderarse de extensos territorios ricos en minerales, oro que no pudieron explotar y llevarse los españoles, petróleo, gas y carbón tan necesario para sus industrias y falso “desarrollo”, y cobre, níquel, coltán, uranio y cuanta riqueza existe para tratar de impedir el derrumbe de su hegemonía imperio-colonial.

La actual trampa del conflicto armado

Es así como en la actualidad juegan con la guerrilla al “gato y al ratón”, la desgastan por ratos y la dejan expandir y “fortalecerse” por otros momentos. Les interesa que se escabullan hacia nuevas regiones que necesitan despejar de “indios, negros y pobretones de todos los colores” y así lo han hecho por todo el territorio nacional. Podemos afirmar con toda convicción que la insurgencia armada en Colombia fue instrumentalizada, perdió capacidad política, sobrevive apoyándose en la economía ilegal del narcotráfico y responde en forma automática y programada a una agenda imperial y colonial que no controla. Es una verdadera desgracia.

Pero también, ésta guerra de nuevo tipo se impulsa y mantiene para consolidar el nuevo proyecto de control territorial, social, económico e ideológico-cultural por parte del imperio del capital. Les permite no sólo salvaguardar el jugoso y rentable mercado de las drogas sino incentivar el comercio de armas, insumos químicos para el procesamiento del clorhidrato de cocaína, y por sobre todo, desarrollar una política preventiva hacia la población de nuestros países – incluyendo toda Centroamérica y México –. Esa estrategia se especializó en generar la ilusión de enriquecimiento súbito y fácil, en medio de la ilegalidad controlada, manipulando una especie de rebelión sin objetivos ni metas que está a cargo de miles de jóvenes campesinos recién urbanizados que se dejan obnubilar por los dólares y un poder armado que siempre anhelaron tener. Así es cómo crecen las bandas delincuenciales en barrios de ciudades como Medellín, Guatemala, El Salvador o Monterrey. De esa manera promueven grupos criminales como los “maras”

de Centroamérica, las llamadas “bacrim” o “combos” en Colombia, que están presentes igualmente en Caracas, Río de Janeiro, Sao Pablo o Distrito Federal.

De cierta manera ésta violencia tiene dos caras. Es a la vez el resultado de las tácticas del imperio estadounidense y de las oligarquías regionales – la mayoría de las cuales ni siquiera viven en nuestros países – , sino que también puede calificarse como expresión de venganza de una juventud que nos cobra a la sociedad el hecho de no haber sido capaces de ofrecerles un mejor futuro. Estos jóvenes de alguna manera nos están diciendo que no les dejamos otro camino que convertirse en pequeños traficantes, sicarios, o delincuentes comunes. Hay en esa delincuencia algo que va más allá del simple delito, es el grito desesperado de jóvenes sin futuro que no les importa morir, que no tienen ningún freno cultural del cual agarrarse más allá de sentirse fuertes y respetados así sea por un instante. Explorar esa “cultura delincencial”, en donde se combinan aspectos míticos ancestrales indígenas, religiosos coloniales y consumismo fetichista capitalista, es una tarea necesaria para entender sus conductas. En Medellín los niños sicarios cargaban una imagen de la Virgen del Carmen o del Niño Jesús de Praga, a la que se encomendaban para realizar con éxito sus crímenes.

(En Colombia esa rebeldía juvenil de campesinos urbanizados a la fuerza es canalizada por toda clase de grupos armados – entre ellos la guerrilla –, pero no con el sentido de encontrar en ellos sujetos para desencadenar una insurrección popular, sino sólo para mantener la dinámica del conflicto armado. En este aspecto tienen razón los “neozapatistas mexicanos” que no han caído en la trampa “guerrillista” de dejarse provocar hacia una “guerra de desgaste”, han sabido usar las armas como un símbolo para llamar la atención pero no han caído en las ilusiones “guevaristas” que llamaban a repetir la táctica de la insurrección armada de Cuba, “construir uno, dos o más Vietnam en América Latina”, como si ello fuera cuestión sólo de buena voluntad).

Y para completar el panorama atroz que sufren nuestros pueblos, aparece la política de “seguridad democrática” que inauguró en Colombia Álvaro Uribe Vélez y hoy en día ha sido puesta en práctica por Felipe Calderón en México. Comprender sus causas y argumentos, su naturaleza ideológica, es muy importante para no caer en la trampa de creer que la superación del conflicto armado – vía pacificación violenta por parte del Estado –, es una efectiva solución a un problema que va más allá de la simple violencia. Dicha política es financiada desde los EE.UU. a través de los Planes “Colombia”, “Mérida” o cuanto nombre se inventan en Washington (Pentágono), y se implementa en cada uno de nuestros países y en la región con las mismas estrategias y objetivos. A la sombra de la lucha contra el narcotráfico y la criminalidad consiguen atemorizar y militarizar nuestras sociedades, convierten a los miembros de las fuerzas armadas en los “nuevos héroes” a imitar. A través de los medios de comunicación y de campañas publicitarias muy bien orquestadas los convierten en “amigos del pueblo” e “invencibles” en la guerra “anti-terrorista”. Nuestros jóvenes se asombran secretamente de la pericia con las armas y la capacidad suicida y de riesgo de los jóvenes delincuentes pero, a la vez, como en una especie de desdoblamiento psicológico, admiran y quieren emular a los soldados y policías en sus “operaciones anticrimen”. En nuestras telenovelas los dos tipos de héroes son, por un lado, el “capo” mafioso o el sicario, y por el otro, el detective o teniente del ejército. Ambos se juegan la vida con gran temeridad y “valor”, pero al fin y al cabo, ambos están subordinados al poder de los verdaderos “mafiosos de cuello blanco” que engordan sus chequeras en Nueva York, Las Vegas, Miami o Los Ángeles.

Hasta hace poco tiempo nos preguntábamos en Colombia si íbamos a lograr salir de este atolladero. La buena noticia es que sí. Los pueblos aguantan pero aprenden. Los enemigos – reales o inventados, de carne y hueso o virtuales – también se desgastan. Por ello, poco a poco esa política de terror, alimentada de vez en cuando por golpes espectaculares como la muerte de cabecillas de la guerrilla o el rescate de rehenes y secuestrados

que les generaba importantes resultados a sus creadores, se ha ido desgastando. Antes de iniciar el actual recambio en el poder mostraron su verdadero rostro. De marchas y campañas pacíficas contra la guerrilla fueron pasando a organizar atentados contra la población civil por parte del mismo ejército, ya fuera para desprestigiar a la guerrilla o para ganar premios y honores inmerecidos. De allí pasaron a los “falsos positivos” que son desapariciones de gente inocente vestida de insurgentes “dados de baja en operativos”, montajes de

desmovilizaciones de inexistentes “frentes” guerrilleros o de paramilitares, interceptación de llamadas telefónicas de periodistas, líderes de la oposición o de integrantes de las cortes judiciales que no estaban de acuerdo con ocultar los delitos y crímenes de Estado, y todo tipo de acciones ilegales que una mente perversa pueda imaginarse. Todo se hizo a la luz de esa política de “seguridad democrática”.

Recién se empiezan a conocer las aberraciones que fue capaz de cometer el Estado, los gobiernos, los empresarios nacionales y extranjeros aliados, las mafias narcotraficantes, los “para-políticos” (congresistas, diputados, concejales, alcaldes, gobernadores y altos funcionarios del gobierno), los paramilitares, y también muchos guerrilleros que se dejaron llevar a la degradación de una guerra controlada y manipulada, que no sólo causa víctimas en muertos y heridos, sino que estaba dirigida a producir terror, pavor, incapacidad de reacción y parálisis espiritual en nuestro pueblo. Cuatro millones y medio de colombianos migrantes hacia EE.UU., España, Venezuela, Ecuador y otros países produjeron esas oleadas de violencia. Otros cuatro millones de campesinos desplazados – indios, negros y mestizos –, que fueron expulsados de sus territorios, fincas y veredas, muchos de los cuales no quieren regresar ahora que aparentemente las cosas se han calmado.

Esta es nuestra historia y seguramente se parece a la que viven en México y Centroamérica. Esa es la vida que nos ha tocado vivir y de la cual vamos saliendo. Pero no es por obra de Uribe, el ejército o el gobierno. Es porque – como decíamos – el enemigo se ha ido diluyendo. Ayer eran las FARC y el presidente Chávez, pero ese “cuento” se estaba agotando. Ya no salía la gente a las marchas, se empezaba a visualizar otra salida, las “olas” amarilla y verde, lideradas por partidos políticos de oposición diferentes a los tradicionales, los alertaron. El pueblo empezaba a perder la credibilidad en “sus instituciones” y tocaba darle vuelta al tornillo. Por ello no permitieron la reelección de Uribe y colocaron en el gobierno a un “gentleman” como Juan Manuel Santos, para “dorar la píldora”, prometer y efectivamente devolver parte de la tierra despojada a los campesinos pero dentro de un programa de asociatividad empresarial con grandes inversionistas que ya tienen “mapeado” al país, cuentan con concesiones y licencias para implementar grandes proyectos de minería a cielo abierto y estudios “agro-ecológicos” para sembrar palma africana y caña de azúcar para producir agro-combustibles (bio-diesel y etanol).

La “nueva” Paz (pacificación) al servicio del “neo-capitalismo latinoamericano”

Este apretado recuento nos sirve para identificar el problema de nuestra identidad. Hemos sido vapuleados, manipulados, utilizados, criminalizados, aterrorizados, explotados y saqueados, y ahora nos presentan la Paz como la gran conquista, pero con “el gringo ahí”, encima. Todas las empresas más importantes del país, muchas de las cuales eran propiedad de los caficultores como la aerolínea Avianca, la Flota Mercante Gran Colombiana, el Banco Cafetero, o empresas que fueron nacionalizadas en los años 40 y 50 después de heroicas luchas de los trabajadores petroleros y del pueblo colombiano como Ecopetrol, Telecom y muchas otras, hoy en su gran mayoría son propiedad del gran capital transnacionalizado. La oligarquía ya no es colombiana. Los grandes grupos monopólicos como los de Luis Carlos Sarmiento Angulo, Mario Santodomingo, Carlos Ardila Lule y el Sindicato Antioqueño, así como otra serie de grandes empresarios, ya

hacen parte de diversas corporaciones financieras trans-nacionales. Desde 1994 se apoderaron de toda la cadena de la salud, los fondos de cesantías y de pensiones, y todavía van por más. Las empresas de servicios públicos, la educación, la biodiversidad, los parques naturales, las zonas y playas turísticas, los museos y hasta los resguardos indígenas ubicados en sitios estratégicos, todo está en la mira del gran capital. Para eso ahora sí necesitan la Paz.

O sea, nos orquestaron una guerra de 60 años, nos dividieron y enfrentaron, nos radicalizaron hasta exprimirnos al máximo, se apoderaron de nuestras riquezas y ahora, debemos pagarles por darnos la “Paz” y la seguridad. La política del “emprendimiento” y de la “cohesión social” es la nueva fórmula. Van a “crear empleo”. Van a formalizar a los “informales”. Ya preparan los paquetes de crédito para embaucar a los micro-empresarios para endeudarse con la banca privada o “pública”, para montar sus empresas que seguirán siendo pequeños negocios de rebusque con nombres pomposos y registros en las Cámaras de Comercio y cuentas bancarias para extraerles hasta el último céntimo.

Pero las cosas han empezado a complicarse por el eslabón más débil. Cientos de miles de jóvenes profesionales – que han sido formados en centros universitarios con la mentalidad de convertirse en un “nuevo empresariado”, “gestor del desarrollo y de la economía del conocimiento” –, han descubierto lo mismo que descubrieron los jóvenes árabes, españoles o estadounidenses. Empiezan a darse cuenta que son el nuevo proletariado del siglo XXI, son “proletarios con micro-empresa” o “proletarios con título”, son el “preariado” o “cognitariado”, que se ilusionó con llegar Wall Street en Nueva York o al Valle del Silicio (Silicon Valley) en California, a competir como comisionistas de bolsa o inversionistas, o a posicionar sus innovaciones tecnológicas. Ese profesional “preariado” está despertando a la realidad de que los millones de PYMES (pequeñas y medianas entidades o empresas) que existen en el mundo sólo son partes ínfimas y subordinadas de la gran cadena productiva que está al servicio y controlada por los centros plutocráticos del capital financiero especulativo. El sueño ha terminado, el velo del engaño se descubre y la plutocracia de Nueva York o Fráncfort quedan en la mira.

Las grandes preguntas o grandes mitos

Siempre nos preguntamos sobre qué pasó con la América que quedó ubicada “al sur del río Bravo”. Por qué – supuestamente –, la América “conquistada” por los “anglos” y “francos” se desarrolló económicamente y por qué la América “conquistada” por los “ibéricos”, se mantuvo en el atraso.

Los académicos españoles le echan la culpa a nuestras raíces indo-afro-americanas. Los eruditos criollos y cortesanos que siempre han representado los intereses de las oligarquías, refuerzan ese criterio aunque no pueden ocultar que los españoles nos heredaron formas económicas feudales, basadas en la sobrevaloración de la propiedad de la tierra, el “atesoramiento” (oro, monedas, reliquias, y otros símbolos de riqueza) y la dominación sobre los “pobretones” (indios, negros, mestizos, zambos, “coloraos”, etc.) con base en falsos o simulados títulos nobiliarios, rancios y falsos abolengos, y rimbombantes apellidos aristocráticos. Esos “estudiosos de la idiosincrasia latinoamericana” casi siempre terminan afirmando que el indio y el negro son por naturaleza “perezosos”, “vagos” y “haraganes”.

Lo que no pueden reconocer es que frente a un trabajo esclavo, oprobioso, infamante y vejatorio, una de las formas lógicas de rebeldía era rechazar el trabajo, “mamar gallo”, y “hacer sólo lo necesario”. Y se debe reafirmar que mientras esa situación se mantenga, mientras el trabajo sea una mercancía al servicio de los ricos y poderosos, esa forma de insubordinación va a mantenerse hasta cuando el trabajador mexicano o colombiano sientan que están creando riqueza en su beneficio y en el de sus familias.

Pero lo que también ocultan esos analistas, lo que los descubre en su falsedad, es que las élites latinoamericanas – con algunas excepciones – nunca fueron verdaderamente nacionalistas, tuvieron miedo de conformarse como Naciones y prefirieron crear unas “repúblicas de mentiras”, unas “naciones de opereta”, unas “democracias de fachada” que ocultaban su incapacidad para desarrollar una industria propia y auténtica. Industria que había sido posible construir apoyándose en nuestras grandes capacidades artesanales que –recién hoy en día –, está descubriendo el capitalismo “senil” para renovar sus modas y ofrecer “mercancías ecológicas”, con “raigambre cultural y sustentable”, que en su tiempo, sobre todo a partir del siglo XVIII, tuvo circunstancias y momentos para haberse desarrollado en diversas regiones, entre las que se destacan en Colombia muchas zonas de los departamentos de Santander y Boyacá productoras de cerámica, tejidos y otros productos, y en México, regiones como Puebla y Oaxaca.

¿Qué fue lo que pasó después? La oligarquía cortesana mexicana con ocasión de la guerra estadounidense que le arrebató gran parte de su territorio tuvo la oportunidad de amagar y engañar a su pueblo con el supuesto nacionalismo anti-yanqui. La oligarquía colombiana fue todavía más incapaz y entregada. Ni siquiera cuando EE.UU. se anexó a Panamá (1903) fue capaz de alzar la cabeza con dignidad y por el contrario persiguió y asesinó a quienes se atrevieron a denunciar su indolencia como pasó con el escritor José María Vargas Vila (uno

de los más reconocidos críticos que fue obligado a exiliarse en 1886) y el político Rafael Uribe Uribe (asesinado en Bogotá en 1914). Estas oligarquías, sobre todo la mexicana, se dieron las mañas para ganar tiempo con la bandera del nacionalismo. Así pudieron desgastar y derrotar el verdadero movimiento revolucionario campesino del Sur, encabezado por Emiliano Zapata. Así, a la sombra de un falso nacionalismo prepararon sus huestes para retomar la iniciativa después de la Revolución, impulsar algunas medidas “nacionalistas” (que en Colombia también se realizaron al calor de las políticas de Cárdenas en México, Betancur en Venezuela, Vargas en Brasil y Perón en Argentina), y aprovecharse de una insurgencia campesina e indígena, que de todas formas mostró –cuando tuvo al frente la silla presidencial (1914) en México – que tampoco tenían visión y preparación para ejercer el “poder”.

Así en este momento la gran similitud entre Colombia y México es la misma condición de impotencia frente a una violencia que sirve para encubrir el poder colonial de un imperio capitalista estadounidense en decadencia. Éste ahora comparte su patio trasero con capitalistas españoles y europeos y se apoya en la total entrega de la soberanía nacional por parte de una burguesía trans-nacionalizada que desde hace muchos años está en evidencia frente al pueblo. Pero también compartimos la necesidad de rescatar o reconstruir la identidad popular perdida como base para consolidar nuestra identidad nacional latinoamericana al lado o al calor de la generación de nuevas formas de internacionalismo revolucionario.

¿Tenemos grandes traumas y heridas por superar? Sí y no. La muerte – que está allá atrás en nuestro pasado azteca, maya y muisca –, no nos asusta, la festejamos y adoramos. Pero también, la que tenemos hoy en frente de nuestras casas y poblados, nos paraliza de miedo y nos llena de terror. La vida, representada por nuestro maravilloso pueblo, el maíz y la papa, el tequila y el aguardiente, nuestras mujeres, música y baile, esa inteligencia y malicia indígena que nos brota por los ojos, la capacidad de resistencia en medio del dolor y la alegría, toda esa vida sufrida y gozada, nos recuerda a diario lo que somos y que no podremos nunca olvidar.

Esa realidad colombiana y mexicana nos dice que sólo cuando derrotemos las condiciones de marginación y exclusión podremos recuperar nuestra auto-estima. Sólo así superaremos el falso orgullo que enmascara el fuerte complejo de inferioridad que permanece –contradictoriamente – en nuestro ser, que se manifiesta igualmente en una cultura de “autodesprecio” que les sirve como herramienta a las falsas culturas “traquetas”

del narcotráfico y las mafias que hoy dominan en nuestros países para estimular entre nuestros jóvenes el sentirse poderosos, “machotes” y valientes con una ametralladora o un fajo de dólares en sus manos.

Sólo recuperando nuestra auto-estima vamos a acabar con la cultura de la corrupción que coloca la “tranza” y la “trampa”, la “jugada por debajo de la mesa”, la “tajada” y la “coima”, el “guiño” y la “carta marcada”, y muchas más formas de fraude y engaño, como instrumentos de estafa y robo, que es una forma de degeneración de nuestras comunidades e individuos, que se expresa a diario en el mundo de la política, la administración pública, el sindicalismo, los mismos negocios y la vida en común, y que se constituye en la peor forma de descomposición moral de nuestros pueblos.

Sólo cuando alcemos la cabeza y miremos el futuro sin ninguna culpa ni inseguridad, podremos en verdad colocar nuestra identidad popular a la altura del pleno reconocimiento cultural, superando el folclorismo y el racismo camuflado que todavía se observa en muchos espacios “culturales”, en donde se acepta al artista “negro”, “indio” o mestizo, mientras está en el tablado o tarima, pero que en forma “taimada” y cruel (“songo-sorongo” dicen en Colombia) se lo discrimina y excluye en la vida real, y que es expresión de la doble moral que siempre ha caracterizado a las clases dominantes. Esta es la misma práctica que justifica el uso del “garrote y la zanahoria”, “el pan y el circo”, “el sable y la cruz”, “a Dios rogando y con el mazo dando”, “la letra con sangre entra”, “el muerto al hoyo y el vivo al baile”, e infinidad de dichos y refranes que legitiman la “cultura del disimulo” y de la “viveza”.

Es toda una ideología de la servidumbre y el cortesanismo que está en la base de una sociedad con dos o tres caras. Es la justificación mental del mundo de la apariencia y la apariencia como forma de vida, el chisme y el chismoseo, la burocracia de dedo y el “dedazo” como privilegio o discriminación, la ambivalencia, la falta de principios y el oportunismo, el masoquismo como herramienta de resignación, el anonimato al servicio de “no dar la cara”, “no pasar vergüenzas”, “hacerse el loco”, “pasar por pendejo o por bruto”, y todas esas mañas que hemos inventado para no asumir nuestra responsabilidad.

Todos esos mitos y falsas verdades aceptadas deben ser puestas al descubierto, sacarlas a la luz, no para “flagelarnos”, “darnos golpes de pecho” y seguir en las mismas, sino para enfrentarlas, aceptarlas como partes de nuestro ser deformado y ponerlas en la caneca de la basura. Ese ejercicio nos servirá para encontrarnos y unirnos, para superar nuestros miedos y ver de frente a nuestros enemigos, que se han valido de esas “verdades culturales” para dominarnos y explotarnos en su beneficio.

Esa es la tarea que queda planteada entre hermanos/as mexicanos/as y colombianos/as. Unirnos, mirarnos en el espejo, rescatar nuestra identidad popular, recuperar la autoestima, hacer valer nuestra dignidad, ganar en soberanía – ya no tanto “nacional” como de “nación en humanidad” –, construir autonomía e integración regional, y tener presente que ahora la tarea es enfrentar un capitalismo degradante que está acabando con la vida en la tierra y con las condiciones para una sobrevivencia de la comunidad humana.